

EL MUNDO RURAL DE ARGENTINA: MODERNIZACIÓN, FRAGMENTACIÓN Y CRISIS

*Carlos E. Reboratti
Cristina Sabalain*

1. LA ARGENTINA AGROPECUARIA: UN MUNDO FRAGMENTADO*

La imagen clásica de la Argentina se centra en dos elementos imaginariamente arquetípicos, el tango y el gaucho, uno urbano y el otro rural. Más esfumadamente aparecen en el segundo grupo la carne, el mate y las pampas. En buena medida estos imaginarios se han creado a partir de un momento de expansión económica del país, ocurrido desde fines del siglo XIX hasta la crisis del 30 y basado en un gran crecimiento y diversificación de la actividad agropecuaria. Es en ese momento cuando se comienzan a perfilar las características del mundo rural argentino, profundizadas a lo largo del siglo XX y sobre las cuales el proceso de globalización social y económica actual ha tenido particular influencia.

La actividad agropecuaria ocupó y continúa ocupando un lugar preponderante en la economía argentina. Sea en su rol de productor de alimentos y materias primas para la agroindustria o como demandante de una amplia gama de bienes, insumos y servicios, la producción primaria conforma la base sobre la cual se articulan las restantes actividades económicas de casi todas las regiones argentinas. Representa, a su vez, el principal componente del flujo de exportaciones, con una fuerte incidencia sobre los resultados de la balanza comercial.

Desde una perspectiva macroeconómica, en el año 2000 el producto del sector alcanzó un valor de 12.200 millones de pesos corrientes¹, el equivalente al cuatro por ciento del producto interno bruto. La producción de cereales y oleaginosas representó el sesenta y tres por ciento, frutas, hortalizas y legumbres doce por ciento y el resto tabaco, miel, lana, fibra de algodón y producción ganadera. Por otra parte, el valor agregado de las industrias elaboradoras de alimentos, bebidas y tabaco, es decir industrias de base agropecuaria, ascen-

¹ Para el año 2000, un peso equivalía a un dólar.

* Este capítulo se acabó de redactar y fue entregado al director de la obra en agosto de 2001. Parte de su contenido sería sin duda distinto si se elaborase hoy día, debido a la grave crisis en la que Argentina se encuentra sumida.

dió a 12.600 millones de pesos en el mismo año, distribuidos entre la elaboración de carne y derivados, aceites y otros productos alimenticios. Visualizado desde la perspectiva de su participación en el mercado externo, el valor de las exportaciones de productos primarios alcanzó 4.840 millones de dólares que, sumados a los 7.600 millones generados por las manufacturas de origen agropecuario, representaron casi el cincuenta por ciento del total exportado por el país: 26.410 millones de dólares, en el mismo año. Los principales rubros de exportación son cereales, semillas y frutos oleaginosos, alimentos para animales, tortas, pellets, pieles, cueros y carnes (Ministerio de Economía, 2001).

La Argentina rural aparece como un sistema complejo, formado por diferentes elementos y fragmentado en distintos espacios, caracterizados cada uno por una particular combinación de elementos naturales, sistemas de asentamiento y actividad agraria. La interrelación entre estos factores ha ido definiendo distintas situaciones estructurales de uso y tenencia de la tierra, algunos de gran flexibilidad y otros inmóviles en el tiempo, unos atados a los vaivenes de los mercados internacionales, otros dependientes del consumo interno, y otros, finalmente, detenidos en el tiempo y basados en la producción campesina de autoconsumo.

El uso de los recursos ambientales y sus consecuencias ha sido paralelamente diferente, dado que nos enfrentamos con situaciones muy diversas, desde producciones intensivas sobre ambientes estables hasta producciones extensivas pero muy impactantes sobre ecosistemas frágiles.

Los sistemas de distribución de la tierra han sido también muy diversos, ya que podemos encontrar desde estructuras agrarias de tipo hacendatario, basadas en antiguas mercedes reales de tierras, hasta modernos sistemas de utilización transitoria de la tierra por parte de grandes empresas agropecuarias, pasando por la ocupación de tierras por el sistema de colonización del tipo *farmer*.

El resultado ha sido un país de cuyos 2.790.000 km² se utilizaban en 1988 (fecha del último Censo Agropecuario) para alguna actividad agropecuaria poco más de 1.774.000, siendo el resto áreas sin posibilidades de uso agropecuario (alta montaña, desiertos, pantanos, cuerpos de agua), tierras fiscales ocupadas pero no delimitadas, parques y reservas nacionales y provinciales y superficies cubiertas por la instalación humana densa de tipo urbano. El área ocupada se divide entre poco más de 420.000 explotaciones, con un 10% que no tiene límites definidos. El 50% de la superficie ocupada está cubierta por pasturas naturales y el 21 por bosques silvestres (si bien vale la pena aclarar que en algunos casos estos bosques actúan también como áreas de pastura). El 19% de la superficie explotada está cubierta por cultivos. Crecían en las explotaciones poco más de 47 millones de

cabezas de ganado vacuno y 22 de ovino. Esta situación es diferente según sean las regiones del país que se trata, dado que en cada una las combinaciones ambientales y productivas son diferentes (INDEC, 1991).

Teniendo en cuenta las posibles combinaciones, podemos imaginar a la Argentina como formada alrededor de cuatro sistemas agrarios diferentes: la producción cerealera y pecuaria de las pampas, los focos modernizantes relacionados a diferentes productos para la exportación fuera del ámbito pampeano, las producciones "tradicionales" dirigidas al mercado interno y finalmente las áreas marginalizadas habitadas por la población campesina o muy tenuemente relacionadas con el mercado. Esta clasificación es por supuesto subjetiva y en realidad es una simple maniobra metodológica para explicar una situación que en realidad es un continuum de situaciones.

Intentaremos realizar un rápido examen de los diferentes factores que han determinado la fragmentación del mundo rural argentino y cómo este ha sido afectado por los diferentes procesos internos y externos, y sobre todo los ligados a la globalización.

2. EL MARCO AMBIENTAL: POTENCIALIDADES, RESTRICCIONES Y USO

La producción agraria se fundamenta en la relación que se produce entre un marco ambiental y una serie de actividades técnicas que el hombre realiza sobre éste para lograr un producto. La base ambiental de la producción agraria condiciona los productos que se pueden realizar y limita la productividad que se puede obtener. Si bien el hombre es capaz, mediante la aplicación de técnicas específicas, de neutralizar en alguna medida las limitantes naturales, todavía la actividad agraria –tanto en producción como en productividad– está muy fuertemente ligada al medio físico. De este modo, las distintas características ambientales del país irán definiendo los tipos de producción que se pueden lograr. Dentro de ese abanico de posibilidades, la sociedad en diferentes momentos históricos irá realizando una u otra, según las eventuales coyunturas económicas, sociales y técnicas. Es por esto que es fundamental que el primer paso para explicar las características agrarias de la Argentina, esté dirigido a un análisis de las bases ambientales sobre las cuales se desarrollan las distintas actividades².

² Un buen resumen de las características ambientales de la Argentina se puede encontrar en CEAL, 1982; FECIC, 1989 y Di Pace, 1992.

La posición de Argentina con respecto al trópico de Capricornio, su figura alargada en el sentido latitudinal, la característica agrupación de los relieves más elevados en el borde occidental y una historia geológica singularmente compleja, determinan un cuadro de mucha variedad ambiental y, paralelamente, de diferente potencialidad agropecuaria. Si bien son muchas las variables ambientales que se pueden tener en cuenta, en virtud del reducido espacio con el que contamos, vamos a tomar solamente cuatro: humedad, temperatura, relieve y suelos.

Las precipitaciones parten de los 2.000 mm anuales en los bordes noreste y sudoeste, y en términos generales disminuyen hacia el centro y el noroeste. En la zona pampeana se ubican alrededor de los 900 mm por año, distribuidas normalmente en forma tal que no existe una estación seca muy marcada, aunque por lo general en el invierno la precipitación es menor que en el resto del año. En el noreste la situación es similar, pero las precipitaciones van aumentando hacia el este. En cambio en el noroeste las lluvias se concentran en el verano y el invierno es marcadamente seco, pero la cantidad total de lluvia caída es muy variable según zonas (puede haber hasta 1.500 mm de diferencia entre uno y otro punto de la región). Hacia el sur, las lluvias son escasas (salvo en los Andes patagónicos) y se agrupan en el invierno.

El análisis de la variación intranual de las precipitaciones se debe complementar con el de las variaciones que se registran entre diferentes años, o variación interanual. La Argentina es un país de relativamente poca estabilidad climática, y con frecuencia el dato que expresa el promedio de la cantidad de lluvia caída en un área es una situación que raramente ocurre en la realidad, lo que tiene un fuerte impacto sobre la producción agropecuaria. Las grandes sequías y las frecuentes inundaciones son todavía uno de los condicionantes fundamentales de la geografía agraria del país.

La evapotranspiración en la Argentina oscila entre más de 1.200 mm anuales en el norte y apenas 500 en el sur. Las condiciones de humedad disminuyen de este a oeste y también, en general de norte a sur. Las zonas de mayor humedad se encuentran en Misiones, en el noreste del país y en el suroeste, en las faldas de los Andes Patagónicos, donde se desarrolla un clima que permite a la vegetación satisfacer sus necesidades hídricas. Hacia el centro y el sur las condiciones de humedad van disminuyendo. En el área central se extiende el clima más adecuado para los cultivos de clima templado (cereales, por ejemplo), que pueden desarrollarse sin necesidad de riego complementario. Esas condiciones

de humedad van decreciendo hacia el oeste, y no permiten el desarrollo de plantas sin adecuado riego. Allí la vegetación natural, muy adaptada a la falta de humedad, se caracteriza precisamente por el bajo consumo de agua, generando pasturas poco aptas para grandes densidades ganaderas.

En paralelo a la anterior, las condiciones térmicas son muy variables, y en todo el país la estacionalidad marca el ritmo de la producción agropecuaria. El norte presenta veranos lo suficientemente cálidos y largos para cultivos subtropicales como el algodón. Mas hacia el sur el verano es más fresco, sin llegar a limitar a cereales como el maíz y el trigo. Hacia el sur, ya en la Patagonia, el verano resulta suficientemente cálido y largo para el trigo, pero ya no para el maíz, aunque aquí la limitante mayor es de tipo hídrico. En lo que respecta al invierno, en el norte es suficientemente benigno para el cultivo de citrus, pero demasiado cálido para el trigo y la mayoría de los frutales criófilos. Hacia el sur existe una franja donde todavía el invierno es benigno para el citrus (aunque hay heladas), pero con suficiente frío para el desarrollo de algunas variedades de trigo y algunos frutales criófilos. Ya en la parte central del país, reina un invierno demasiado crudo para el citrus. Hacia el interior de la Patagonia, y más hacia el sur, el invierno ya es demasiado frío para casi cualquier cultivo.

Con respecto a la ocurrencia de heladas, casi ningún lugar del país está absolutamente libre de ellas, aunque en términos generales la frecuencia de heladas va aumentando de noreste a sudoeste, hasta llegar a zonas donde no hay períodos libres de heladas, como el sur de la Patagonia, lo que evidentemente limita la variedad de cultivos que se puede realizar.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede delimitar una región centro-oeste (la pampeana), donde existe la posibilidad de cultivos templados, y es, con unas sesenta millones de hectáreas, la zona agrícola más importante del país. En el noreste (el este de la región chaqueña, Corrientes y Misiones), se pueden desarrollar cultivos subtropicales sin necesidad de riego, el que se hace necesario a medida que se marcha hacia el oeste (aunque eventualmente algunos cultivos de ciclo corto se pueden desarrollar en el piedemonte andino aprovechando las lluvias de verano). El centro oeste del país permite los cultivos de tipo mediterráneo (vid, olivo, frutales) por la gran cantidad de días de sol, pero restringidos por la falta de agua. La situación se repite con los frutales criófilos en el norte de la Patagonia.



Figura 1. Mapa regional de Argentina

El relieve es una limitante importante para la producción agropecuaria en el oeste del país, donde se desarrolla la cadena montañosa de los Andes y sus formaciones asociadas. Allí las áreas de cultivo están fragmentadas en parches que coinciden con los fondos de valle y los faldeos de menor pendiente (aunque cabe aclarar que el relieve ayuda de alguna manera la posibilidad de riego por gravedad). En el resto del país, cubierto por llanuras aluviales y mesetas, el relieve no es un factor importante a gran escala, aunque sí adquiere relevancia el tema de los microrelieves para la actividad agropecuaria local.

En lo que respecta a los suelos, los de mayor aptitud (profundos, completos, de alta fertilidad y relativamente resilientes al manejo) se ubican en la llanura chaco-pampeana, sobre todo en el centro de ésta. Hacia el este los suelos se hacen más arenosos y propensos a la erosión eólica, cambiando hacia suelos esqueléticos en el piedemonte andino, si bien en los valles fluviales se desarrollan suelos azonales razonablemente fértiles. En el norte del país los suelos son de tipo laterítico en el borde oriental, cambiando a suelos limosos y arenosos hacia el centro y noroeste. Finalmente, en la Patagonia la mayor superficie está cubierta por suelos someros e incompletos, y solamente hay un desarrollo relativo en los valles fluviales, donde se depositan sedimentos azonales.

El prolongado uso agropecuario provocó efectos diferenciados en los distintos tipos de suelos del país. Tenemos tres situaciones originales diferentes, lo que en líneas generales podríamos llamar los suelos cubiertos por bosques, por estepas arbustivas y las llanuras herbáceas. En los primeros hubo un proceso generalizado de deforestación, donde se combinaron las necesidades de consumo y exportación de maderas y sus subproductos, con la competencia de la agricultura y la ganadería por las áreas forestales. Posteriormente a esto, el mayor impacto se ha sentido sobre la fertilidad natural del suelo y por la expansión de los procesos de erosión hídrica, notables sobre todo en las áreas de muy marcada estacionalidad en las precipitaciones. En los segundos, escenario de la expansión ovina de fines del siglo XIX, hubo un fuerte impacto de sobrepastoreo y un creciente proceso de desertificación que prácticamente inutilizó un apreciable porcentaje de los suelos patagónicos y en menor medida los del altiplano de la Puna. En el tercer caso, las grandes llanuras pampeanas templadas se mantuvieron relativamente estables en los primeros años, pero más de 100 años de agricultura han ido dejando marcas visibles en el agravamiento de los procesos de

pérdida de fertilidad natural y de erosión hídrica y eólica (Morello y Solbrig, 1996).

Los cálculos indicaban que para la década del 80 por lo menos el 18% de la superficie agrícola del país sufría proceso de erosión eólica, el 16% de erosión hídrica y el 12% de agotamiento, esto es, la mitad del territorio productivo tenía problemas de manejo.

La vegetación ha cumplido un papel variable en el desarrollo agrario del país. En la zona central, la ausencia del bosque facilitó enormemente la expansión ganadera y agrícola, mientras que la limitó en la llanura chaqueña, si bien en un primer momento el bosque fue allí utilizado como un recurso natural importante. Hay que tener en cuenta que en buena parte de la Argentina no pampeana, el bosque cumple funciones de recurso energético y también como pastura. Hacia el este, la aridez reinante dio lugar a una vegetación pobre (lo que comúnmente se conoce como el "monte"), que fue eliminada cuando se la necesitó como combustible o para dar lugar a pasturas implantadas. Hacia la Patagonia, en cambio, la vegetación original de matorral desértico fue directamente utilizada como pastura para la expansión ovina, como vimos dando lugar a un fuerte proceso de desertificación al sobrecargarse los campos.

Resumiendo, a grandes rasgos la aptitud ambiental agraria en el país es muy variable, y el uso y distribución de la tierra en Argentina ponen en evidencia esa condición, que genera profundos contrastes regionales que se manifiestan tanto en la disponibilidad y aprovechamiento de los recursos naturales como en las condiciones socioeconómicas. Dos terceras partes del territorio corresponden a zonas áridas, semiáridas o con prolongados períodos de sequía y se extienden prácticamente sobre todo el norte y centro oeste y en la Patagonia. En esas regiones, la actividad predominante es la cría de ganado bovino a campo natural, y la agricultura sólo se desarrolla en las áreas que disponen de infraestructura de riego. También tiene importancia la ganadería caprina y la ovina, fundamentalmente en la Patagonia. Entre los cultivos se destacan la caña de azúcar, el tabaco, algodón, vid, frutales de pepita y carozo y hortalizas. Del tercio restante, en el noreste se concentran las mayores extensiones de bosques y montes naturales e implantados y cultivos subtropicales como la yerba mate, té y frutales. Finalmente, en la llanura pampeana situada en el centro este del territorio se desarrollan cultivos extensivos de secano de cereales y oleaginosos. Allí, la disponibilidad de pastos naturales y la abundancia de aguadas favoreció la actividad ganadera bovina especializada en la producción de carnes y leche.

CUADRO N.º 1. *Cantidad de explotaciones agropecuarias*

<i>Región/Provincia</i>	<i>Total</i>	<i>Con límites definidos</i>	<i>Con límites indefinidos</i>
Total País	421.221	378.357	42.864
Región Pampeana	196.254	194.164	2.090
Región Nea	85.249	76.764	8.485
Región Noa	72.183	48.976	23.207
Región Cuyo	46.222	43.549	2.673
Región Patagonia	21.313	14.904	6.409

Fuente: INDEC, Censo Nacional Agropecuario 1988

La superficie agropecuaria total, según datos del último censo nacional agropecuario, fue de 277.000.000 de hectáreas. De esa superficie, 91.000.000 estaban ocupadas por pasturas naturales y 37.000.000 por montes y bosques naturales, dedicados parcialmente a la actividad ganadera. La superficie implantada total (en primera y segunda ocupación de suelo) ascendió a 33.000.000 ha, de los cuales 17.000.000 ha fueron cereales para granos y oleaginosas entre los cuales el trigo, maíz, soja y girasol concentraron 14.000.000 ha, un 42% de la superficie implantada. Las forrajeras anuales y perennes ocuparon 15.000.000 ha, con una fuerte predominancia de la avena, sorgo forrajero, alfalfa, pasto llorón y especies consociadas. El resto de la superficie implantada correspondió a cultivos industriales, frutales, hortalizas, legumbres y otros cultivos intensivos como aromáticas o flores, los cuales se desarrollan con una fuerte concentración regional. Las tierras aptas no utilizadas representaron 6.500.000 ha y la categoría no apta o de desperdicio 12.000.000 ha. Existen también extensas zonas del territorio (aproximadamente 80.000.000 ha) que carecen por completo de uso agropecuario, sea por tratarse de suelos de muy baja o nula productividad, por presencia de salares, superficies anegadas, por situarse a muy grandes alturas o presentar pendientes muy abruptas y también por ser áreas de preservación ambiental (parques nacionales y reservas provinciales) (INDEC, 1991).

CUADRO N.º 2. *Uso de la tierra (en miles de hectáreas)*

<i>Región/Provincia</i>	<i>Superficie Total</i>	<i>Superficie Agropecuaria</i>					<i>Otros Usos</i>
		<i>Implantada</i>	<i>Pasturas Naturales</i>	<i>Bosques/ Montes</i>	<i>Apta no utilizada</i>	<i>No Apta</i>	
Total País	277.989	30.767	90.844	37.013	6.485	10.586	102.294
Región Pampeana	90.831	26.981	25.475	15.833	4.442	3.272	14.828
Región Nea	28.970	1.661	9.287	5.257	1.171	1.333	10.261
Región Noa	55.642	1.563	3.834	11.263	408	2.071	36.503
Región Cuyo	23.848	364	1.774	3.209	286	656	17.559
Región Patagonia	78.698	198	50.474	1.451	178	3.254	23.143

Fuente: INDEC, Censo Nacional Agropecuario 1988

CUADRO N.º 3. *Estructura por tamaño de las explotaciones agropecuarias*

<i>Región/Provincia</i>	<i>Total</i>	<i>Hasta 25 ha</i>	<i>Entre 26 - 200 ha</i>	<i>Entre 200 - 500 ha</i>	<i>Más de 500 ha</i>
Total País ⁽¹⁾	378357	141654	140372	47772	48434
Región Pampeana	194164	32597	91186	38849	31513
Región Nea	76764	34869	30863	5059	5950
Región Noa	48976	31364	10003	3045	4550
Región Cuyo	43549	36357	6013	395	784
Región Patagonia	14904	6467	2307	424	5637

⁽¹⁾ Las sumas de los parciales presentan leves diferencias con los totales debido al secreto estadístico en los cuadros básicos utilizados como fuente.

Fuente: INDEC, Censo Nacional Agropecuario 1988

El total de unidades productivas (o explotaciones agropecuarias) fue de 421.222, de las cuales prácticamente el 10% (42.864) correspondía a lo que censalmente se definió como "explotaciones agropecuarias sin límites definidos". Esta categoría censal alude a un tipo de modo de producción generalmente de subsistencia, asociado a la actividad ganadera de animales menores -caprinos y ovinos- en la cual los productores utilizan la tierra en calidad de ocupantes precarios, sin una delimitación precisa de la superficie. De ahí su denominación de "sin límites definidos".

Las explotaciones agropecuarias con límites definidos fueron 378.357 y corresponden a modalidades de organización de la producción más formales o más empresariales, en las cuales la dimensión superficie/tamaño adquiere otro significado. El tamaño promedio de dichas explotaciones ascendió a las 470 ha, valor que presentaba una fuerte dispersión regional: en el noroeste, en la provincia de Tucumán de 98 ha y en la Patagonia, en la provincia de Santa Cruz era de 17.500 ha. Si se analiza el conjunto del país, el 67% de las unidades productivas tenía menos de 200 ha, el 13 % entre 200 y 500 ha, el 13% entre 500 y 1000 y el 7% más de 1000 ha. Esta distribución es también muy variable según las regiones.

CUADRO N.º 4. *Área sembrada de granos y algodón (en hectáreas)*

Años	1988/89	1990/91	1992/93	1994/95	1996/97	1998/99	2000/01
<i>Cultivos</i>							
Algodón	524.000	638.800	377.747	761.500	956.000	751.000	410.000
Arroz	115.500	98.000	144.100	188.520	227.000	291.000	134.000
Cebada	150.000	147.300	239.300	147.450	278.100	218.000	245.000
Cervecera							
Girasol	2.313.000	2.372.350	2.187.100	3.010.440	3.120.000	4.212.000	2.003.000
Maíz	2.685.000	2.160.100	2.962.820	2.957.700	4.153.000	3.268.000	3.330.000
Poroto	213.400	189.630	155.700	239.600	260.000	431.000	259.000
Soja	4.670.000	4.966.600	5.319.660	6.011.240	6.670.000	8.400.000	10.407.000
Sorgo							
Granífero	830.000	751.900	809.900	621.910	804.500	880.000	712.000
Trigo	4.787.400	6.178.400	4.547.700	5.308.000	7.367.000	5.453.000	6.480.000
Total	16.288.300	17.503.080	16.744.027	19.246.360	23.835.600	23.904.000	23.980.000

Fuente: Estimaciones Agrícolas, SAGyPA

CUADRO N.º 5. *Volúmenes de producción de granos y algodón (en t.)*

Años	1988/89	1990/91	1992/93	1994/95	1996/97	1998/99	2000/01
<i>Cultivos</i>							
Algodón	619.350	789.400	431.145	1.122.547	1.030.000	618.000	500.000
Arroz	490.000	347.600	608.300	926.000	1.205.000	1.658.000	750.000
Cebada	322.500	323.400	580.100	341.000	533.000	535.000	712.000
Cervecera							
Girasol	3.200.000	4.033.800	2.955.900	5.800.000	5.450.000	7.100.000	3.180.000
Maíz	4.900.000	7.684.800	10.901.000	11.404.013	15.536.000	13.500.000	15.400.000
Poroto	207.845	241.578	165.400	238.000	269.000	340.000	280.000
Soja	6.500.000	10.862.000	11.045.400	12.134.450	11.000.000	20.000.000	25.760.000
Sorgo							
Granífero	1.500.000	2.252.400	2.859.700	1.649.500	2.499.000	3.222.000	3.000.000
Trigo	8.596.900	10.991.900	9.874.400	11.306.000	15.914.000	12.400.000	16.000.000
Total	26.336.595	37.526.878	39.421.345	44.921.510	53.436.000	59.373.000	65.582.000

Fuente: Estimaciones Agrícolas, SAGP y A

3. LA SITUACIÓN ORIGINAL

La estructura agraria actual de la Argentina está basada en la evolución de diversos sistemas de uso y distribución de la tierra que, en la práctica, comienzan con la conquista española. Entre los siglos XVI y XVII los españoles ocuparon una parte relativamente pequeña de lo que es hoy Argentina, concentrándose especialmente en el noroeste y el cen-

tro, dejando sin ocupar y en manos de la población original indígena todo el Chaco, el extremo noreste, el sector sur y oeste de la pampa y toda la Patagonia.

En las áreas ocupadas se organizó la distribución de la tierra en base a mercedes reales, que dieron lugar a las haciendas andinas en el montañoso noroeste y a las estancias ganaderas en la llanura. Recién a mediados del siglo XIX comenzó una expansión hacia las áreas ocupadas por los indígenas, que tomó mayor vigor hacia la década de 1880, cuando el gobierno nacional decide emprender dos campañas de ocupación militar de los territorios indígenas, una hacia la Patagonia (la llamada Campaña al Desierto) y otra hacia el Chaco. Para fines de siglo la ocupación militar ya estaba terminada, lo que dio lugar a un proceso de expansión de la frontera agraria.

Esta expansión se hizo mediante la combinación de dos sistemas, uno el de la cesión de grandes sectores de tierra a empresarios agropecuarios (lo que dio lugar a grandes estancias ganaderas en la pampa y Patagonia) y otro fue la adopción del sistema de colonización siguiendo el modelo norteamericano del *farmer*, esto es, la distribución de tierras fiscales a productores familiares. Este sistema fue especialmente activo en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos relacionado a la producción cerealera, y más tarde se expandió hacia San Juan y Mendoza (vid), Misiones (yerba mate), Chaco (algodón) y Río Negro (manzanas). En casi todos estos lugares la expansión agrícola estaba acompañada por el crecimiento de la red de ferrocarriles, que actuó como un eficiente sistema de distribución de los productos. Algo más tardíamente se expandió la colonización en tierras privadas, mezclando el negocio inmobiliario con el agropecuario. La colonias privadas se extendieron por la provincia de Buenos Aires y Santa Fe, aunque también tuvieron importancia en Misiones³.

Desde los comienzos de la producción para la exportación, hacia 1870, y hasta 1930 la producción agraria de la Argentina fue en constante aumento, basado éste más en una expansión espacial que en un incremento de la productividad. Además de la notable dinámica cerealera y ganadera de la región pampeana y de la producción lanera patagónica, todas dirigidas a la exportación, también crecieron las producciones destinadas al mercado interno, tales como la caña de azúcar en Tucumán, la

³ Dentro de la amplia bibliografía que existe sobre este tema, se puede consultar a Denis, 1987; Gaignard, 1984; Gallo, 1983; Giberti, 1968 y Scobie, 1970.

yerba mate en Misiones, la vid en Cuyo, y el algodón en el Chaco. Cada cual tuvo sus características específicas, pero en todas la presencia del Estado como elemento dinamizador fue notable, tanto como organizador de colonias agrícolas, distribuidor de tierras, creador de infraestructura, controlador de precios o fomentador de ciertas producciones mediante la protección aduanera (Giberti, 1988).

La distribución de la tierra fue realizada en forma muy diversa: en algunos casos se distribuyó la tierra pública entre grandes productores, como en el caso de la Patagonia o como se mantuvo en el noroeste, en este caso como herencia de las mercedes reales españolas. En otros, el peso mayor se ubicaba en los *farmers*, productores medianos originados en sistemas de colonización de tierras fiscales, como fue el caso de Misiones (Eidt, 1971), el Chaco (Miranda, 1955) y —más tarde— el norte de la Patagonia (De Jong, 1994). En otros, finalmente (como la región pampeana) se combinaban varios estratos de productores (Barsky, 1992 y 1997).

El aumento de la producción se hacía en algunos casos mediante un aumento del factor trabajo unido a la expansión espacial, como sucedía con las economías agrarias basadas en la mano de obra familiar y en los sistemas de plantación. En la región pampeana, en cambio, a la par que aumentaba la superficie ocupada, se producía un cambio tecnológico en los sistemas de laboreo de la tierra y cosecha, que tendía a hacer que la estructura agraria necesitara cada vez menos brazos y mayor capital.

La expansión agraria dio como resultado una organización territorial basada en la expansión de la red de ferrocarriles y el paralelo crecimiento de los núcleos urbanos ubicados sobre la misma. Los productos agrarios circulaban por la red de comunicaciones y desembocaban en los puertos para los productos de exportación o en las núcleos urbanos mas grandes, que se transformaron en activos mercados consumidores de los productos de la tierra.

A partir de la década del 30 la situación se fue estancando, por la acción combinada de la ocupación plena de la mayor parte de los espacios ecológicamente más aptos, las restricciones a los mercados internacionales originadas en las crisis financiera del 29, la creciente competencia de otros productores mundiales, una cierta incapacidad para adoptar nuevos avances tecnológicos, una fuerte disminución del ritmo de ampliación de la red de transportes y el gradual estancamiento del crecimiento de la población, lo que significó un mercado interno de escasa capacidad de expansión.

Entre 1930 y 1970 la producción agraria creció muy poco, salvo en algunos casos aislados. Si bien no hubo un gran proceso de mejoramiento

to tecnológico, la simple mecanización de la producción cerealera, que afectó primero al trigo y luego al resto de los cereales, generó una reducción en la mano de obra necesaria y al mismo tiempo un crecimiento en el tamaño que requería lo que podríamos llamar "la unidad productiva mínima". Esto produjo un fuerte proceso de traslado de la población rural del campo a las ciudades (lo que algo melodramáticamente se llamo "el éxodo rural"). Las áreas urbanas —y especialmente aquellas ubicadas en el litoral pampeano— estaban a la vez sufriendo un acelerado proceso de inversión industrial motivado por la tendencia al reemplazo de exportaciones por producción nacional.

En la región pampeana esto significó una tendencia a la concentración de la tierra en propiedades medianas y grandes. Esta concentración estuvo empujada por una parte por el abandono gradual del sistema de arriendo característico de la producción cerealera de principios de siglo, donde las grandes estancias arrendaban tierras a pequeños agricultores familiares por periodos cortos. Por otra parte, también las estancias sufrieron un proceso de fragmentación por herencia, detenido muchas veces por la transformación de propiedades individuales a sociedades anónimas (Barsky, 1988).

En la Argentina no pampeana se produjo un proceso diferente, ya que la atomización por herencia de la tierra de los colonos dio lugar a la aparición de minifundios cuya viabilidad marchaba al compás de las frecuentes crisis de sobreproducción y posterior regulación por parte del Estado, circunstancia agravada por la conexión casi total a un mercado interno de lenta expansión y escasa flexibilidad. Esta situación tendía a agravarse por los cambios técnicos en la producción (inalcanzables para los pequeños productores), las oscilaciones en el precio de los productos y también por frecuentes procesos de agotamiento del suelo. La crisis del minifundio dio lugar a una fuerte emigración, como sucedió a mediados de los 50 en el Chaco y diez años más tarde en Tucumán (en ambos casos se registró una pérdida de población en números absolutos). Estas emigraciones se sumaron a las pampeanas para generar un gran crecimiento en los alrededores de Buenos Aires.

Todo este proceso fue signado por la fuerte injerencia del Estado en la regulación de la producción, mediante varios mecanismos: la determinación de precios sostén para la producción de exportación, la concentración de los sistemas de exportación a través de la Junta Nacional de Granos, la determinación de diversas oficinas de intervención estatal en las producciones regionales que sufrían periódicamente procesos de sobreproducción y caída de precios (las llamadas "Juntas reguladoras" o

"Cámaras reguladoras"), como las que actuaron por largo tiempo en el caso del azúcar, el algodón, la vid o la yerba mate. En numerosas ocasiones el Estado actuó frenando las crisis sociales y productivas que generaba un mercado cuyo único elemento de flexibilidad era el propio crecimiento demográfico, sumamente lento. En el caso del azúcar, por ejemplo, la protección y regulación de la producción se inició ya a fines del siglo XIX (Bolsi y Pucci, 1997), y en la yerba mate ya actuaba en 1920 (Bolsi, 1980). Eso no significó, sin embargo, que en ocasiones la crisis no afectara seriamente la producción, como sucedió en el algodón hacia 1955 y en la caña de azúcar en 1966. En esos casos simplemente el problema era demasiado grave para que el Estado pudiera solucionarlo o, mas comúnmente, porque no existía una política coherente y regular al respecto, y las intervenciones eran de características e intenciones fluctuantes.

4. LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES POSTERIORES A LOS 80

En la década de los 80 y 90 ocurrieron profundas transformaciones en el sector, consecuencia de los cambios estructurales que tuvieron lugar en la economía argentina. La política macroeconómica se definió básicamente alrededor de la estabilidad cambiaria y monetaria instrumentadas en la sanción de la ley de convertibilidad que estableció la paridad dólar- peso, con fuertes estímulos a la inversión extranjera y la apertura indiscriminada hacia el mercado externo. También fueron privatizadas las empresas públicas de servicios, disminuidos los aranceles para la importación de bienes de capital y los reembolsos a las exportaciones. La comercialización de productos agrícolas y ganaderos fue desregulada, los organismos de control y fiscalización del comercio de granos y carnes disueltos, y eliminados prácticamente todos los subsidios, directos e indirectos a la producción y los precios sostén.

Este conjunto de medidas incidió de modo diferente sobre las distintas actividades agropecuarias, las unidades productivas y los productores. La agricultura adquiere una importancia creciente mientras la ganadería vacuna pierde importancia, la ovina retrocede y la caprina continúa asociada a condiciones de subsistencia y muy baja productividad. La producción de cultivos tradicionales de la principal región productora del país (cereales y oleaginosas en la región pampeana) creció tanto en superficie implantada como en volumen, debido al aumento de los rendimientos. En los cultivos intensivos de vid, frutales y hortalizas se ini-

ciaron procesos de reconversión productiva hacia especies y variedades nuevas, con distinto grado de éxito. Los cultivos industriales como el azúcar, algodón, yerba mate y té atraviesan fuertes crisis de sobreproducción y precios por debajo de los costos. El capital financiero adquiere preponderancia como principal factor de producción, imprescindible para adecuarse a los parámetros de calidad y productividad que se requiere para acceder a los mercados consumidores en condiciones competitivas. Las nuevas técnicas de producción que se incorporan son todas de capital intensivo, basadas en paquetes tecnológicos que abarcan la totalidad del proceso productivo: desde la semilla, los insumos hasta el almacenamiento e inclusive la comercialización. Aparecen fuertes vinculaciones entre los procesos productivos primarios con los procesos de conservación, adecuación, transporte y comercialización de los productos (Teubal, 1999; Giarracca, 1996).

Surgen nuevas modalidades de organización de la producción, integradas por capitales y agentes económicos provenientes de otros sectores, en tanto que la necesidad de lograr mayores escalas de superficie en las unidades productivas impone modelos productivos y procesos de mucha inestabilidad en el uso y tenencia de la tierra. Se acuerdan modalidades contractuales muy variadas entre propietarios de la tierra, proveedores de insumos, contratistas de maquinaria agrícola y acopiadores, por períodos cada vez más cortos; a veces hasta una sola cosecha.

Todas estas transformaciones no ocurrieron de manera articulada. Por el contrario, frente al aparente proceso innovador de los nuevos emprendimientos y una creciente concentración económica de algunos sectores agrarios, coexiste un sector tradicional de pequeños y medianos productores que no puede insertarse en estos cambios productivos y permanecen al margen. Estos productores no logran capitalizarse, aumentan sus deudas, aun a costa de perder la tierra, y van profundizando las condiciones de marginalidad y pobreza de la población de numerosas zonas tradicionalmente agropecuarias.

5. LOS CAMBIOS EN LA REGIÓN PAMPEANA

A partir de 1970 la situación fue cambiando al incorporarse en el sistema algunas nuevas variantes. Una fue la introducción masiva de mejoras tecnológicas resultado de la expansión de la Revolución Verde que caracterizó esa década. Otra es la gradual introducción del agro en el proceso de apertura de la economía ya descrito (desde otro punto de vista,

el proceso de globalización), que comenzó en la década del 80, y finalmente la aceleración de ese proceso con el retiro del estado de prácticamente todo intento de regulación de la producción agropecuaria, proceso que tomo singular vigor en la década del 90 (Ghezan y Mateos, 1995; Giarracca, 1996; Gutman, 1990, Gutman y Gatto, 1990).

Lo que podríamos llamar la "nueva agricultura" comenzó con la introducción en la región pampeana de algunos adelantos tecnológicos importantes. El primero fue la masificación de los cereales híbridos (fundamentalmente el maíz) de alta productividad. Paralelamente comenzaron a sembrarse semillas generadas por la Revolución Verde, como los trigos tempranos y el girasol de alta resistencia y a adoptarse nuevos productos, fundamentalmente la soja. Ésta tuvo un éxito inmediato y en relativamente poco tiempo desplazó a otros cultivos y además comenzó a sembrarse como cultivo "de segunda" (así se llaman en el país a aquellos que se cultivan a continuación de otro, lo que era prácticamente desconocido en la región), luego del trigo temprano. Paralelamente se fomentaron otras prácticas incluidas en el paquete tecnológico, tales como el arado profundo, el uso abundante de agroquímicos (fundamentalmente herbicidas), el riego complementario utilizando agua subterránea y, más tarde, la "labranza cero" y la siembra directa, para finalizar con la adopción masiva de los nuevos cultivos transgénicos (Pizarro, 1998; Obstchako, 1988; Pengue, 2000).

Los cambios tecnológicos, si bien generaron un notable aumento de volumen de producción y de productividad, no fueron neutros a la estructura agraria. El nuevo paquete tecnológico por una parte obligó a un proceso de concentración de la tierra, ya que se necesitaban extensiones mayores para hacer viables la aplicación de tales inversiones. Por otra parte, y como en el resto del mundo, ligó fuertemente la producción agrícola a la insumos de origen industrial, incluyendo las nuevas semillas certificadas y controladas por las grandes industrias semilleras. Éstas fueron la punta de lanza para la introducción a la producción agrícola, de capitales internacionales, y muy rápidamente prácticamente desaparecieron los viejos semilleros locales y junto con ellos la producción de semillas por las agencias estatales de investigación agrícola, dando paso a los grandes conglomerados internacionales químico-biotecnológicos (Teubal, 1999).

En paralelo a este proceso de cambio hacia una agricultura con más racionalidad industrial que agrícola, se fueron cambiando algunos parámetros de formas de manejo de los recursos productivos. La tierra comenzó a tener un valor más ligado a su uso productivo que al valor ren-

tísitico o social. Se formó así un activo mercado de alquiler de tierras para la producción cerealera, donde aportaban tierra tanto los pequeños productores desplazados por la nueva escala de producción como los grandes terratenientes atraídos por el alto precio de los arriendos. Esto hizo aumentar notablemente el valor de la tierra, que se llegó a cotizar a más de U\$S 5.000 en las áreas de mayor potencial productivo, lo que holgadamente triplicaba los valores históricos recientes.

En forma fugaz también apareció una figura muy particular, el llamado "pool de siembras", que consistía en una unión transitoria de capitales de origen financiero que arrendaban tierras, sembraban y cosechaban y luego se retiraban a otro lugar u otro negocio. Por la propia flexibilidad del mercado de capitales estos productores se mantuvieron activos mientras la relación precios agrícolas/costo fue favorable, y cuando dejó de serlo (por lo menos en relación a otros sectores de la economía) simplemente desaparecieron del campo. Cuando el Instituto Nacional de Estadística y Censos realizó en 1999 un relevamiento piloto en el corazón del área agrícola, no detectó ningún establecimiento de esta categoría, cuando cinco años antes eran muy importantes (Murmis, 1998).

La modernización agrícola pampeana estuvo acompañada por una modificación de la estructura espacial que acompañaba a la agraria. Por un lado, la mano de obra rural se hizo definitivamente urbana, y los escasos requerimientos de trabajo de las nuevas formas de producción se satisfacen ahora por la mano de obra (tanto fija como transitoria) que reside en las ciudades. Las antiguas figuras del gaucho y del colono directamente han desaparecido, reemplazados por tractores, camionetas y cosechadoras. Por otra parte, el aumento de los volúmenes de cosecha requirió la aparición de nuevos y más flexibles sistemas de almacenamiento, transporte y embarque. En el campo aparecieron silos móviles y fosos de almacenamiento que permitieron permanecer más tiempo al grano cosechado en el campo. En el otro extremo, a lo largo del río Paraná surgieron numerosos puertos cerealeros privados, que descomprimieron los viejos puertos de embarque (Buenos Aires, Bahía Blanca) y activaron la movilidad de la flota de camiones que transporta la mayor parte de la cosecha (la privatización de algunas líneas ferroviarias de carga no fue demasiado exitosa y éstas no cumplen un rol importante).

Lo que podríamos llamar la "industrialización" de la producción agrícola también significó que se produjera un desplazamiento de las inversiones privadas generadas por las sobreganancias, desde las regiones productoras a los centros urbanos más importantes. El nuevo capital, difuso

en sus orígenes y más difuso aún en sus inversiones, solamente apunta al campo cuando éste significa una rentabilidad relativamente alta con respecto a otros sectores de la economía, lo que refuerza el lugar del medio rural como un mero eslabón productivo (Reboratti, 1990).

Desde ese punto de vista, el caso pampeano es un buen ejemplo de descuido del ambiente como generador de riqueza. Tal vez inspirados en la historia cercana de la región, que no había sufrido procesos notables de degradación ambiental (sobre todo de suelos), los actores de la nueva agricultura dieron por sentado que el comportamiento de los recursos naturales iba a ser similar. Pero una agricultura que ejercía poca presión sobre los recursos y que aprovechaba los grandes espacios disponibles para crecer al ritmo de ciclos alternados de usos agrícolas y ganaderos antes que por un aumento de la productividad, fue reemplazada por otra interesada en aumentar la productividad y ocupar los campos definitivamente. La combinación de un largo ciclo agrícola con la presión de las nuevas tecnologías y el uso intensivo del suelo dio como resultado la aparición de procesos de pérdida acelerada de nutrientes y erosión hídrica y eólica, que sólo parcialmente pueden ser solucionados por la aplicación de técnicas de labranza poco agresivas (Morello y Solbrig, 1997).

Paralelamente a la degradación de los suelos, el uso indiscriminado del agua subterránea, no planificado ni basado en estudios serios del stock de recursos, impactó en las napas que se utilizaban para el riego complementario y generó la reacción de los habitantes de los pueblos cercanos, que vieron disminuir el caudal de los acuíferos utilizados para consumo domiciliario.

La ganadería sufre un estancamiento a partir de los 70, por la confluencia de varios factores, como son el retraimiento de los mercados internacionales, el achicamiento del mercado nacional por la creciente competencia de otros tipos de carne (sobre todo aves) y el fuerte proceso de agriculturización, que congela la anterior situación de alternancia de ciclos agrícolas y ganaderos. De hecho la ganadería pierde espacio pampeano, lo que la obliga a desplazarse a los márgenes de la región e incluso a otras regiones, o bien a hacerse más intensiva, ya sea por un aumento de las pasturas artificiales y por la aparición, con mucha fuerza, del sistema de *feed lot*, que inmoviliza al ganado y le acerca al mismo las pasturas transformadas en alimentos balanceados o rollos. El desplazamiento de los vacunos o su inmovilización transforma el paisaje pampeano, de donde desaparecen los molinos y en parte las alambradas, seguro signo que antes marcaba la posibilidad del uso alternado del suelo entre agricultura y ganadería.

Avanza asimismo la producción láctea, con un proceso paralelo de concentración cuasi monopólica que establece una inflexible cadena de producción entre productores y usinas lácteas. El mercado de leche fluida en los hechos queda en manos de solo dos grandes compañías. La producción láctea se tecnifica y se hace más eficiente, empujada por la apertura de la exportación de leche y sus derivados al mercado brasileño por la vía del Mercosur.

Por fuera de la región pampeana, el espacio rural se fragmenta en tres estructuras agrarias diferenciadas: las viejas estructuras productivas dirigidas al mercado interno, los remanentes campesinos y lo que podríamos llamar los "focos modernizantes", ubicados en intersticios territoriales de las otras dos estructuras.

6. MERCADOS INTERNOS Y ÁREAS DE CRISIS

En el noroeste, como vimos, la producción agropecuaria se había estructurado alrededor de algunos cultivos dirigidos al mercado nacional, como el azúcar y el tabaco, ubicados en forma de enclave en un espacio donde se mantenían, casi a nivel de subsistencia, los productos tradicionales (sobre todo el maíz) y una ganadería muy extensiva, basada sobre todo en el pastoreo de los manchones de pradera natural y la particular "ganadería de monte", esto es, la ganadería que se cría en los bosques y selvas, aprovechando los pastizales naturales y, en la época invernal de sequía, ramoneando los árboles.

Después de la gran crisis del 66, la producción azucarera estaba distribuida en dos áreas, una cercana a la ciudad de San Miguel de Tucumán, que producía alrededor del 50% del total, y otra ubicada en los valles pedemontanos subtropicales del norte, en las provincias de Salta y Jujuy. En el primer caso se había sucedido una larga historia de cambios en el uso y tenencia de la tierra que dio como resultado la separación entre los productores de caña de azúcar (pequeños y medianos, fundamentalmente) y los ingenios azucareros por otro, teniendo éstos muy poca superficie productiva propia. Los ingenios fueron muy lentos en adoptar innovaciones tecnológicas y el sector productivo siempre estuvo limitado por el gradual proceso de minifundización de la producción. La desregulación de la producción y la amenaza de la apertura a la importación de azúcar desde Brasil afectaron fuertemente la estructura agraria local. Varios ingenios cerraron y otros fueron comprados por compañías alimenticias y moderniza-

dos, integrando los ingenios a las cadenas agroalimenticias. Muchos pequeños productores hicieron abandono de sus campos, algunos en busca de una posibilidad muy publicitada de reconversión y otros simplemente vendiendo la tierra y emigrando. Por otra parte, el proceso de modernización productiva se reflejó sobre todo en la definitiva adopción de sistemas mecánicos de cosecha, lo que significó la drástica disminución de la demanda de mano de obra migrante, ahora cubierta sobre todo por la mano local subocupada (Campi, 1991; Bolsi y Pucci, 1997; Giarracca, 1991).

El Estado mantuvo todavía una fuerte presencia. Si bien el mercado nacional se desreguló, se mantuvieron con mucha dificultad las barreras aduaneras a la importación de azúcar brasileña (lo que en el marco del Mercosur genera crecientes problemas). La desaparición de los cupos de producción afectaron sobre todo a los pequeños productores. Para solucionar el problema en primer lugar el Estado nacional intervino mediante la implementación de un plan de "pago a maquila", que significaba que los ingenios pagaban a los productores de caña en la forma de azúcar y no en dinero, y éstos se encargaban de venderla en el mercado. Para eso se adoptaron distintos sistemas de cooperativización, incluso haciéndose cargo de un ingenio. Este sistema fue posteriormente abandonado, y actualmente el mercado del azúcar se debate en continuas crisis, que han significado la desaparición de un gran número de pequeños productores (Rofman, 1999).

En los valles cálidos del norte, la estructura agraria se había definido desde un principio como un sistema de pocas y grandes plantaciones que integraban el cultivo de la caña y su industrialización. Esto siempre puso a los ingenios del norte como más adelantados tecnológicamente que los de Tucumán y le permitió apropiarse de una parte importante de la producción nacional (aproximadamente la mitad). Esto grandes ingenios no fueron realmente afectados por las nuevas políticas agrarias. Algunos (los relativamente más pequeños y menos modernos) cerraron, uno de ellos fue comprado por una compañía multinacional, y todos adoptaron muy rápidamente las grandes cosechadoras integrales que les permitieron disminuir drásticamente la afluencia de trabajadores zafreros. Además, tuvieron capacidad para ampliar la producción a otros rubros, ya sea agrícolas (frutas, por ejemplo) o bien agroindustriales (alcohol y papel) (Reboratti, 1988; Gordillo, 1996).

El tabaco no fue demasiado afectado por la nueva situación. Nunca había sido un sector regulado, si bien sus productores se beneficiaban con la existencia del Fondo Nacional del Tabaco, un sistema de retorno

de parte de los altos impuestos a los cigarrillos que volvía a los productores, y que actualmente está siendo muy cuestionado. Lo que siempre había sucedido con el tabaco era el desplazamiento de los focos de producción de acuerdo a las cambiantes necesidades de un mercado monopólico (Gutman, 1990).

Así, la producción tabacalera había comenzado a principios del siglo XX en el noreste (especialmente en Corrientes, alrededor del tabaco negro). La introducción de las compañías internacionales en el mercado interno significó un cambio hacia los tabacos rubios tipo Virginia, que se plantaron en los valles templados del noroeste. Pero la década de los 80 vio un nuevo cambio hacia el tabaco Burley, menos delicado y más flexible ecológicamente, que amplió la zona de producción en el noroeste hacia el sur de la Pcia. de Tucumán y el este de Catamarca, y además comenzó a ser plantado también en algunas zonas del noreste. Todo el sector se vio en cierta medida beneficiado con el aumento del consumo de tabaco de la segunda mitad de los 90, lo que no necesariamente indica que esa producción se pueda ampliar demasiado, teniendo en cuenta las dificultades para acceder a un mercado internacional en retracción y con mucha competencia (Giarracca, 1995; Bertoni y Grass, 1994).

En el noreste, la producción algodonera se centró en un principio en las provincias del Chaco y Formosa, alrededor de lo que dio en llamarse el "domo algodonero" en el centro de estas provincias. Una estructura originariamente "farmer" con el tiempo y la combinación de caídas de precio, pérdida de fertilidad del suelo y atomización de la propiedad por herencia dio como resultado una estructura agraria minifundista, que fue el escenario de continuas crisis de sobreproducción, regulación y emigración. La eliminación del sistema de regulación por cupos productivos e intentos de mantener un precio mínimo no tuvo un efecto mayor al de agudizar la situación, y atar las crisis a las elusivas características de un mercado externo. Éste ofrece precios muy oscilantes para la baja calidad del algodón de fibra corta que ofrece el Chaco, pero estos precios son los que finalmente determinan la "factibilidad" del cultivo, ante un mercado interno (la industria textil) prácticamente inexistente. Esto da como resultado finalmente una actividad que está en la curiosa situación de ser aparentemente la única posible para la zona, pero al mismo tiempo la fuente de una constante inestabilidad económica y social. En los últimos veinte años ha habido varios intentos de desplazar el foco productivo desde la llanura chaqueña hacia otras zonas ambientalmente más aptas para la producción de fibra larga bajo riego, tales como Santiago del

Estero y Catamarca, pero todavía la mayor parte se centra en la zona clásica.

En el extremo noreste, la producción subtropical de yerba mate y té se centra alrededor de un productor de tipo farmer, integrado a una cadena agroalimenticia que incluye secaderos y molinos. La yerba mate sigue siendo la base, ahora desregulada en su producción, que exhibe constantemente niveles de sobreproducción que, por las características del producto final que se puede almacenar por un tiempo, tiende a deprimir los precios. La gran mayoría de la producción se dirige al mercado interno, y los saldos exportables crecen muy lentamente. Por ende, la única posibilidad de crecimiento está en la ampliación del mercado interno por un aumento del consumo *per cápita*. Para enfrentar éstos, las grandes compañías yerbateras han tratado de modernizar la presentación del producto y también flexibilizar y ampliar su oferta, introduciendo, en un mercado que durante años simplemente ofrecía yerba "con y sin palo" (esto es, con o sin las pequeñas ramitas), otras posibilidades como yerba "fuerte", "suave", saborizada con cosas tales como aromas de naranja o pomelo, yerbas naturales, etc. (Bartolomé, 1975; Schamber, 2000; Schiavoni, 1995).

Todavía no está suficientemente bien medido el impacto que esto ha tenido sobre el mercado, pero junto a esto han hecho su aparición una serie de cooperativas de elaboración de yerba, lo que posiblemente esté expresando en alguna medida una tendencia al agrupamiento de los productores. Éstos se encuentran ante el problema de la necesidad de renovar sus plantaciones en un escenario de fuerte caída de los precios relativos. Anteriormente, la respuesta al mercado inestable era, o bien ir hacia otros productos (como el té o el tung, en su momento), o, si era necesario, ampliar el área productiva integrando nuevas tierras. Ni una cosa ni la otra son ahora posibles. El té ha llegado a un proceso de virtual congelamiento, saturando un mercado interno que no crece y enfrentando un mercado internacional globalizado y con pocos intersticios. El tung, por su parte, es virtualmente un producto del pasado, dado que casi no hay mercado para el mismo. La posibilidad de expansión física, por otra parte, está coartada por la escasez relativa de tierras fiscales libres y aptas. La última colonia yerbatera abierta hacia fines de la década del 70 (Colonia Andresito) todavía esta en proceso de crecimiento, y éste no parece muy promisorio. La expansión sobre tierras privadas, por otra parte, se enfrenta con la competencia por ellas que ejerce la forestación para la producción celulósica, con un mercado mucho mas seguro.

7. LAS ÁREAS CAMPESINAS

Por fuera de las áreas que de alguna manera se han integrado a una economía de mercado, existe una amplia zona donde se mantiene, en mayor o menor medida, una economía de subsistencia con algunas pocas extensiones hacia el mercado regional. Medidas censalmente por primera vez en 1988, el censo relevado ese año indicaba que había en todo el país casi 43.000 explotaciones que no reconocían límites definidos, lo que de alguna manera determina su característica campesina. Esto es, el 10% de las unidades agropecuarias del país, donde vivían unas 169.000 personas.

Los campesinos que habitan las regiones de más antiguo poblamiento han sido marginados por el desarrollo argentino y se han mantenido en rincones muy aislados, como el altiplano puneño, los valles andinos más retirados o el noroeste de la Patagonia, y junto con ellos podemos ubicar a la población indígena del Chaco central, que mantiene sus pautas culturales de producción. Estos sectores, que se puede decir que viven en una situación de crisis continua desde hace muchos años, son en realidad los menos afectados por la globalización y sus procesos de marginación. Excluidos ya desde hace siglos, siempre han mantenido una sorprendente resiliencia hacia los embates del Estado modernizador. Para eso se han adosado a los mercados de trabajo en forma marginal, participando como mano de obra transitoria en numerosas tareas agrícolas, pero como grupo social han mantenido una fuerte actividad de subsistencia.

Su respuesta a las crisis ambientales, económicas o sociales ha sido la emigración y paralelamente una fuerte tasa de crecimiento demográfico. El retiro del Estado de los programas de desarrollo para los pequeños productores los ha dejado indiferentes, porque ellos nunca han existido para ese Estado, empeñados como están en mantener sistemas productivos que —ahora más que nunca— se pueden pensar como "irracionales" desde el punto de vista de la producción mercantil. Pero profundamente racionales para mantenerlos como grupo social, y la suerte de los minifundistas, totalmente dependientes de la producción comercial y sus oscilaciones, pareciera darles la razón (Reboratti, 1998; Manzanal, 1990 y 1993; Giarracca, 1990).

8. LOS FOCOS MODERNIZANTES

Esparcidos en forma intersticial en casi todo el país, y generados por particulares combinaciones de necesidades del mercado nacional e inter-

nacional y potencialidades ambientales muy específicas, hay una serie de estructuras agrarias desarrolladas en las últimas décadas que se apartan de las características que hemos descrito antes. Podemos ubicar aquí también a dos casos de modernización productiva de áreas ya instaladas, como fueron la producción de frutas en el norte de la Patagonia y la producción de vid en Cuyo. Comencemos por el primer caso.

La producción de frutas de pepita (manzanas y peras) en los valles fluviales del norte de la Patagonia fueron el resultado de la expansión del ferrocarril en estas zonas, que generó su propio sistema de producción a través de la colonización de las tierras regadas por la inversión estatal. Fue en términos del país una producción "moderna", ya que creció a partir de la década del 30 y llegó a un momento de máxima expansión hacia fines del 60. Su estructura agraria es una mezcla de pequeños, medianos y grandes productores, dependientes de un sistema de empacamiento, almacenamiento y transporte de la producción fresca, tanto hacia el mercado interno como a la exportación. En paralelo, parte de la fruta (la de menor calidad) se dirige hacia la industria de producción de jugos y concentrados. Siendo una producción perenne, que se alarga por amplios periodos de producción una vez iniciada, siempre tuvo el problema de cierta inflexibilidad hacia los cambios inducidos desde afuera. Esto no significó que fuera impermeable a la tecnología, todo lo contrario, posiblemente haya sido una de las estructuras agrarias más flexibles hacia la adopción de nuevas tecnologías. El problema que siempre ha tenido es su fuerte dependencia con el mercado externo. Al ir cambiando éste con el tiempo, y al aparecer en el horizonte internacional tanto nuevos competidores como nuevas necesidades de productos (por ejemplo, nuevas variedades de manzanas), la estructura agraria local se vio conmovida y llevada a introducir nuevas plantas y nuevos sistemas. Esto endeudó a muchos productores, y buena parte de los más pequeños no pudieron hacer frente a la crisis. En alguna medida éstos vendieron su tierra o se transformaron en productores por contrato, vendiendo su producción no cosechada a las grandes empacadoras. Todo esto ha llevado a un proceso de concentración de la propiedad en tamaño mayores y a la aparición de empresas internacionales, integradas verticalmente con la industria y la exportación (De Jong, 1991; Miranda, 2000).

La producción del Alto Valle del río Negro también se enfrenta con el problema de la expansión física, atada como está al fondo de estos valles, verdadero oasis en medio de un ambiente hostil. En parte el proceso se agrava por la expansión urbana, que se hace a costa de tierras agrícolas, como está sucediendo en la ciudad de Neuquén. Por otra parte,

el Estado no está dispuesto a invertir en infraestructura de riego, lo que queda a cargo de grandes empresas. El futuro, así, parece ligado más a los grandes productores integrados que a los clásicos "chacareros".

En Cuyo se produjo un proceso muy interesante de cambio en la producción vitícola. Durante muchos años ésta estaba atada exclusivamente al consumo local, basándose en un alto consumo *per cápita* de vino (90 litros anuales, uno de los más altos del mundo), pero de productos de baja calidad (los llamados vinos de corte, que mezclaban la producción de diferentes tipos y diferentes bodegas). Cuando este consumo *per cápita* comenzó a bajar ante la competencia de la cerveza y las bebidas gaseosas, la respuesta de la estructura agraria fue múltiple. Por una parte, los antiguos productores de muy bajo estándar quedaron fuera del mercado, con el abandono masivo de tierras en áreas como San Rafael, en el sur de Mendoza. Por otra parte, comenzaron a entrar en la región capitales provenientes de otras regiones y también del exterior, atraídos por el potencial ambiental y la existencia de una infraestructura de riego ya montada. Estos nuevos actores introdujeron nuevas variedades, cambiaron y seleccionaron las antiguas y se dedicaron a producir vinos "varietales", esto es, generados por un solo tipo de uva. El resultado fue un mercado más pequeño en tamaño pero mucho más elevado en calidad de producción, lo que incluso amplió las posibilidades de exportación. La producción se integró verticalmente con las bodegas y la propiedad de la tierra se concentró.

Un caso radicalmente diferente fue el de la agricultura en el noroeste ubicada en el piedemonte de las montañas, donde se produjo a partir de los 70 un proceso de expansión de la producción agrícola, basada en el cultivo del poroto (frijol o alubia) y la soja. Con un primer paso centrado en la deforestación masiva del antiguo bosque subtropical (se eliminaron alrededor de 2 millones de hectáreas del bosque original), el proceso fue expandiéndose desde algunos focos originales (el sur de Salta y el este de Tucumán) hacia el este y hacia el norte, hasta alcanzar casi la frontera con Bolivia. Este proceso estuvo activado por varios factores: tierra barata y de gran potencial productivo, ciclos húmedos que permitieran la producción de secano, un mercado internacional en crecimiento y la adopción de paquetes tecnológicos ya probados en la región pampeana (estos últimos no adoptados ambientalmente, pero eficientes al corto plazo). Iniciado el proceso por medianos productores locales, muy pronto la dinámica pasará a los grandes productores de capitales extraregionales y con frecuencia extranjeros, que fueron los que empujaron la frontera agraria hacia el norte, en un proceso que todavía continúa (Reboratti, 1992).

Cercana a esta ultima zona, y también alrededor de los mayores centros urbanos, se amplió mucho la producción de hortalizas y legumbres frescas en el piedemonte más septentrional. Esta producción comenzó como una forma de acercarse a los mercados con productos de primicia estacional (con el tomate, por ejemplo), pero luego esto se amplió a la producción en invernaderos, lo que prácticamente alarga el periodo productivo a todo el año y abre la gama de productos posibles a otros como el pimiento y la frutilla (Benencia, 1995).

9. UN FUTURO INCIERTO: DIFERIMIENTOS, DESARROLLO RURAL Y PLANES DE AYUDA

Sería demasiado simplista decir que la suerte del sector de producción rural en la Argentina ha sido dejada totalmente en manos de la inclemencia y volubilidad de los mercados. Si bien no integrando un plan de apoyo a la producción rural demasiado claro, se podría pensar que ha habido dos actividades generadas por el Estado destinadas a paliar los efectos de la apertura económica y la desregulación productiva, uno ha sido el caso de los llamados "diferimientos", el otro es la creación de planes de ayuda para los pequeños productores. En el primer caso el Estado se ha mostrado activo, generando sistemas de apoyo para la inversión agropecuaria en ciertas provincias (Catamarca, La Rioja y San Juan) a partir de darle a las empresas del área metropolitana la posibilidad de diferir el pago de parte de sus impuestos si se realizan inversiones tendientes a la generación de actividades de base agrícola en dichas provincias. Los llamados "diferimientos impositivos" han sido finalmente formas encubiertas de préstamos baratos, al permitirle a las empresas justamente postergar el pago de sus impuestos y darles oportunidad para invertir esos montos en un cierto plazo. Aunque todavía el sistema es relativamente nuevo como para poder hacer un balance de sus virtudes y defectos, hasta el momento la inversión realizada parece ser grande, sobre todo teniendo en cuenta que se hace en áreas que requieren una considerable tarea de acondicionamiento previo al comienzo de la producción, sobre todo en obras de riego. Las producciones elegidas (vid, olivo, frutales), no son de ganancias rápidas, sino que requieren algunos años para generar retornos, pero por lo general se han beneficiado por la instalación en tierras muy baratas y con el apoyo local para el acceso al agua. Queda por dilucidar si se trata de una inversión real o simplemente (como sucedió en buena medida con los antiguos intentos de relocalización industrial) una forma encubierta de captación de sobregana-

cias. El impacto sobre las producciones locales ha sido fuerte y ha generado en algunos lugares (por ejemplo, el valle de Santa María en Catamarca) una diferenciación muy marcada entre el sector "nuevo" y el antiguo sector de producción local, ya sea campesina o empresarial.

En los últimos años también han cambiado algunas de las características tecnológicas de la producción regional, sobre todo en lo que hace a la mecanización de la cosecha. Esta fase de la actividad agrícola, que hace dos décadas movilizaba cientos de miles de trabajadores, está hoy en franco retroceso ante el avance de la maquinaria. Sobre todo en dos cultivos, el algodón en Chaco y el azúcar en Tucumán, Salta y Jujuy, el número de personal transitorio contratado ha disminuido a menos de un tercio, generando cambios en el mercado de trabajo, que han afectado sobre todo a los pequeños productores, crónicamente excedentarios en trabajo.

Más compleja fue la situación que generó el proceso de globalización en el sector de los pequeños productores que históricamente han comercializado su producción. Como ya hemos visto, éstos han sufrido siempre el embate de sucesivas crisis económicas y ambientales, a las cuales respondieron con la emigración cuando la situación se hacía insostenible o aceptando la ayuda estatal de muy diversas formas cuando ésta llegaba. En la actual situación, la única respuesta que ha atinado a dar el Estado es la creación de planes de ayuda a los pequeños productores, los que crecientemente se asemejan más a una dádiva que a un verdadero intento de mejoramiento del sector. Han pasado así sistemas de ayuda tecnológica nunca suficientemente financiados, planes de mejoramiento de gestión que terminaron beneficiando a unos pocos y, más recientemente, simples sistemas de pequeños préstamos a fondo perdido que ni pueden disfrazarse de planes de apoyo técnico y son claramente una forma de mantener dormida una situación social potencialmente explosiva (Carballo, 1995).

Paralelamente, el Estado ha retirado todos los sistemas de regulación que había mantenido durante tanto tiempo, y las teóricamente sabias "leyes del mercado" se encargan de regular la situación. En la práctica la actuación irrestricta del mercado en una situación de estancamiento significa simplemente el desplazamiento de los pequeños productores y la aparición de procesos de concentración de tierras y producción. Los procesos de integración vertical hacia atrás de las principales producciones agrícolas, a partir de los virtuales monopolios que se adueñaron de las cadenas agroalimenticias, ha generado en todas las regiones minifundistas una fuerte crisis. Esto ha dado como resultado la desaparición lisa y llana de un gran número de pequeños productores, cuyo destino pareciera ser los cinturones de miseria de las capitales regionales. Vale la pena

aclarar que la falta de un censo de población y otro agropecuario, que se relevaron la última vez en 1991 y 1988 respectivamente, hace muy difícil poder cuantificar ese proceso más allá de algunos casos específicos.

Las vías de escape para solucionar los múltiples problemas que se han generado en el campo son varias, pero ninguna se caracteriza por su simpleza. Por una parte existe la posibilidad de reconstruir en algunos casos los viejos sistemas de cooperación entre pequeños productores, que tuvo mucho éxito en su momento en el Chaco y en Cuyo. Esto necesariamente requiere la participación estatal, no ya como organizador pero sí como sostén y promotor de sistemas comunitarios de producción y comercialización.

Otra posibilidad, más individual, es la de ocupar nichos de mercado especializados, aprovechando la diversidad ambiental del país. Desde ese punto de vista, hasta el momento donde más se ha avanzado en la producción de lo que en términos generales se conoce como "agricultura orgánica", específicamente en rubros como la fruticultura y las hortalizas. Si bien ésta es una solución – parcial pero posible –, requiere por parte de los productores una gran flexibilidad para adaptarse al cambio, y además conocimientos para adoptar nuevos sistemas y nuevos productos, muchas veces radicalmente diferentes a los que estaban acostumbrados. Además, también exige un eficiente sistema de vinculación con los mercados adecuados, muchas veces fragmentados y volátiles.

En algunos casos especiales se puede pensar que los campesinos retornen a sus viejas prácticas de autoabastecimiento, reconstruyendo y reforzando su cultura tradicional. Esta solución, que aparece muy parcialmente dibujada en algunos casos, requiere una discusión general, que incluye a las disciplinas sociales. La pregunta pertinente aquí es si es válido plantearse una "vuelta atrás", en el fondo un abandono de toda posibilidad de integración al desarrollo nacional y una opción por la automarginación definitiva.

Finalmente, los pequeños productores pueden volver a utilizar su antigua técnica de adaptación, la emigración. Pero las circunstancias estructurales que facilitaron esta opción hace veinte o cuarenta años han cambiado: el país se encuentra en un proceso de desindustrialización y apertura total de la economía que no fomenta la migración a las grandes ciudades. De hecho, la mayor dinámica demográfica se encuentra ahora en las ciudades intermedias, por lo general capitales regionales. Pero aquí la pregunta es: ¿cuál es la capacidad de absorción poblacional de esas ciudades hasta que aparezcan en ellas los problemas metropolitanos característicos de los núcleos más grandes, como marginación, inseguridad y falta de servicios?

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti, E. y Stolen, K. 1974 *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Barsky, O. 1988 "La caída de la producción agrícola pampeana en la década de 1940", en Barsky, O. y otros *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, FCE/IICA/CISEA, Buenos Aires.
- Barsky, O. 1997 "La información estadística y las visiones sobre la estructura agraria pampeana", en Barsky, O. y Pucciarelli, Al (comp.) *El agro pampeano. El fin de un período*, FLACSO/CBC-UBA, Buenos Aires.
- Barsky, O. 1992 "Explotaciones familiares en el agro pampeano: procesos, interpretaciones y políticas", en Barsky, O., y otros: *Explotaciones familiares en el agro pampeano*, vol. 1, CEAL, Buenos Aires.
- Bartolomé, L. 1975 "Colonos, plantadores y agroindustrias", en *Desarrollo Económico*, 58/15.
- Benencia, R. 1995 "Cambios en la organización social de la horticultura bonaerense: migración limítrofe y adopción tecnológica", en Trinchero, H. (editor): *Producción doméstica y capital. Estudios desde la antropología económica*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Bertoni, L. y Grass, C. 1994 "El complejo agroindustrial tabacalero en la desregulación: actores, negociaciones y conflictos", en Martínez de Ibarreta, M. et al (comp.) *Estudios agroindustriales*, CEAL, Buenos Aires.
- Bolsi, A. y Pucci, R. 1997 "Evolución y problemas de la agroindustria del azúcar", en *Problemas Agrarios del Noroeste Argentino*, UNT/Junta de Andalucía, San Miguel de Tucumán.

- Bolsi, A. 1980 "El primer siglo de economía yerbatera en Argentina", en: *Folia histórica del Nordeste*, vol. 14, Resistencia-Corrientes.
- Campi, D. 1991 *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*, UNJu/UNT, S.S. de Jujuy.
- Carballo, C. 1995 "Programa Social Agropecuario y Cambio Rural. Dos intentos para atenuar la crisis entre los agricultores", *Realidad Económica* N° 136, IADE, Buenos Aires.
- CEAL 1982 *Atlas Físico de la República Argentina*, Vol. 2, Buenos Aires.
- De Jong, G. 1994 *El minifundio en el Alto Valle del Río Negro: estrategias de adaptación*, U.N. del Comahue, Neuquén,
- Denis, P. 1987 *La valorización del país. La República Argentina, 1920*, Ediciones Solar, Buenos Aires.
- Di Pace, M. (ed.) 1992 *Las utopías del medio ambiente. Desarrollo sustentable en la Argentina*, CEAL/IIED/CEA, Buenos Aires.
- Eidt, R., 1971 *Pioneer Settlement in Northeast Argentina*, The University of Wisconsin Press, Madison.
- FECIC, 1989 *La degradación del ambiente en la Argentina*, PROSA, Buenos Aires.
- Gaignard, R., 1989 *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación de la conquista a la crisis mundial, 1550-1930*, Ediciones Solar, Buenos Aires.
- Gallo, E. 1983 *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe, 1870-1895*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Ghezan, G. y M. Mateos, 1995 "Las grandes empresas agroalimentarias frente a la integración regional. El caso de carnes, aceites y lácteos", en Cloquell, S. y E. Santos (comps.), *Argentina frente a los procesos de integración regional. Los efectos sobre el agro*, Rosario: Homo Sapiens Ediciones, UNR-REDCAPA.

- Giarracca, N. 1990 "El campesinado en la Argentina: un debate tardío", en *Realidad Económica* 94.
- Giarracca, N. y Aparicio, S. 1991 *Los campesinos cañeros: multiocupación y organización*, Cuadernos de Investigaciones, F. de Ciencias Sociales, UBA.
- Giarracca, N. et al 1995 *Agroindustrias del Noroeste: el papel de los actores sociales*, Ed. La Colmena, Buenos Aires.
- Giarracca, N. 1996 "Procesos de globalización y cambios en la agricultura argentina", en Diego Piñeiro (comp.), *Globalización, integración regional y consecuencias sociales sobre la agricultura*, AUGM - UNESCO, Universidad de la República, Montevideo.
- Giberti, H. 1988 "Evolución y perspectivas del sector agropecuario argentino", en AAEA *La economía agraria argentina: consideraciones sobre su evolución y situación actual* XX Congreso Internacional de Economistas Agrarios, Buenos Aires.
- Gordillo, G. 1996 "Entre el monte y las cosechas: migraciones estacionales y retención de fuerza de trabajo entre los tobas del oeste de Formosa (Argentina)", *Estudios migratorios latinoamericanos*, 11/32.
- Gutman, G. 1990 "Las nuevas agroindustrias de exportación en Argentina. Transnacionalización y cambio tecnológico", en Laurelli, E. y Lindemboim, J.(comp.) *Reestructuración económica global: efectos y políticas territoriales*, CEUR/SIAP/FFEBert, Buenos Aires.
- Gutman, G. y Gatto, F. 1990 *Agroindustrias en la Argentina: cambios organizativos y productivos 1970-1990*, CEPAL/CEAL, Buenos Aires.
- INDEC, 1991 *Censo Nacional Agropecuario. Resultados generales, total del país*, Buenos Aires.
- Manzanal, M. 1990 "El campesinado en la Argentina: un debate tardío o políticas para un sector: una necesidad impostergable", en *Realidad Económica* 97.

- Manzanal, M. 1993 *Estrategias de sobrevivencia de los pobres rurales*, CEAL.
- Ministerio de Economía 1991 *Informe Económico*, Buenos Aires.
- Miranda, G. 1955 *Tres ciclos chaqueños*, Ed. Norte Argentino, Resistencia.
- Miranda, O. 2000 "Proceso de trabajo y competitividad: empaque de manzanas y peras en el norte de la Patagonia", *Realidad Económica* 169.
- Morello, J. y Solbrig, O. (ed.) 1996 *Argentina, granero del mundo hasta cuando? La degradación del sistema agroproductivo de la Pampa Húmeda y sugerencias para su recuperación*, Orientación Gráfica Editora, Buenos Aires.
- Murmis, M. 1998 "El agro argentino: algunos problemas para su análisis", en Giarracca, N. y Cloquell, S. (comp.) *Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales*, Ed. La Colmena/CLACSO, Buenos Aires.
- Obschatko, E. 1988 "Los cambios tecnológicos", en Barsky, O. et al *La agricultura pampeana: transformaciones productivas y sociales*. FCE/IICA/CISEA, Buenos Aires.
- Pengue, W. 2000 *Cultivos transgénicos ¿Hacia dónde vamos?*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Pizarro, J. 1998 "Evolución y perspectivas de la actividad agropecuaria pampeana argentina", en *Cuadernos del PIEA*, 6, FCE/UBA, Buenos Aires.
- Reboratti, C. 1992 "Ambiente, producción y estructura agraria en el Umbral al Chaco", en *Estudios Geográficos*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de España.
- Reboratti, C. 1990 "Agribussines y reestructuración agraria en la Argentina", en Laurelli, E. y J. Lindemboim, *Reestructuración económica global: efectos y políticas territoriales*, CEUR/SIAP/FFEBERT, Buenos Aires.

- Reboratti, C. 1998 *El Alto Bermejo, conflictos y perspectivas*, Ed. La Colmena, Buenos Aires.
- Rofman, A. 1999 *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, el carbón y el azúcar*, Ariel, Buenos Aires.
- Schamber, P. 2000 "Barajar y dar de nuevo. Consecuencias de la desregulación en el sector yerbatero", *Realidad Económica* 169.
- Schiavoni, G. 1995 Colonos y ocupantes. *Parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones*, Editorial Universitaria, U.N. de Misiones, Posadas.
- Scobie, J. 1968 *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Solar/Hacchette, Buenos Aires.
- Teubal, M. 1999 "Complejos y sistemas agroalimentarios: aspectos teórico-metodológicos", en Giarracca, N. (coord.) *Estudios rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas*, La Colmena, Buenos Aires.

